

acostumbradas, y Guacanajari oyó una voz misteriosa que le decía:

—Su muerte es la señal de que se acerca el fin de los soberanos de Haiti.

Capítulo XVI.

Diplomacia en alta mar.

No bien había partido Colón, cuando se presentó á Diego de Arana Alonso Velez de Mendoza.

—¿Cómo es eso?—exclamó el jefe de la colonia,—¿dónde habeis estado? Os han buscado por todas partes sin hallaros.

—¡Ay! si supierais lo que me ha sucedido...

—Hablad, hablad.

—De todos modos, puesto que ya ha partido el almirante, supongo que me admitirais en vuestra compañía.

—No hay otro remedio; pero decidnos cuál ha sido la causa de vuestra ausencia.

—Os lo confesaré ingenuamente,—dijo Velez;—como era uno de los designados para volver á España, no quise irme sin llevar algo más que mis compañe-

ros; y como ya voy entendiendo algo la gerga de esta gente, indiqué á varios indios que me guiasen hácia el Cibao con el objeto de acercarme á las minas de oro y ver si podia llevarme ese metal en más cantidad que mis camaradas.

Comprendiérome, y, en efecto, por medio de bosques que eran atajos sin duda, me llevaron al pié de una montaña muy elevada, en dónde habia una especie de caverna.

No habíamos hecho más que llegar cuando se acercó á nosotros uno de los caciques á quienes ya hemos visto muchas veces por acá.

Hablaron con él los indios y quiso agasajarme. Me llevó á su morada, me obsequió y despues me acompañó hasta las minas, que es lo mejor que hay que ver en esta tierra.

Manifesté á los indios que me llevaban deseo de volver á reunirme con los míos, y comprendí por las palabras que pronunciaron que no querian que me fuese sin obsequiarme más.

No habia yo olvidado el camino, y temeroso por una parte que al verme solo me maltrataran, y por otra deseoso de volver cuanto antes á la carabela por si llegaba la hora de partir, aproveché un momento y me puse en marcha.

Me habia hecho la ilusion de que conocia el camino, y no le conocia.

No habia andado cien pasos cuando me ví perdido y quise aguardar á que amaneciera bajo la sombra de un árbol de anchas ramas.

Sentéme al pié del tronco y empecé á experimentar una sensacion agradable.

El aroma que respiraba me embriagaba por momentos.

Sentí una pesadez inmensa; poco á poco notaba que me iba ahogando; queria apartarme de allí y no podia; una fuerza superior me obligaba á dormir, pero á dormir un sueño doloroso.

Por fortuna mia los de la tribu del cacique que habian salido á buscarme me encontraron, y apartándose precipitadamente de debajo del árbol me hicieron respirar un aire puro.

Quando volví en mí habia ya pasado mucho tiempo y al preguntar á los indios qué me habia pasado me mostraron á alguna distancia un árbol, indicándome que envenenaba á los que se guarecian bajo su sombra.

Era un manzanillero.

Acompañáronme de nuevo á la morada del cacique, y hasta hace poco no me han dejado volver. Pero si bien es cierto que he faltado á mis deberes, he tenido ocasion de ver las minas, y, no lo dudeis, señor Arana, mi presencia aqui será mucho más ventajosa que á bordo de la carabela.

—Sea en buen hora; aqui compartireis con nosotros las venturas y las desventuras.

Y á su vez los colonos españoles la refirieron la enfermedad de Guacanajari.

Algunos dias despues de este suceso, el rey con su córte fué á visitar al capitan de la fortaleza.

Alonso Velez, que le observaba, notó que el rey deseaba penetrar á toda costa en el castillo de madera, y una vez allí que buscaba algo con escudriñadora mirada.

De pronto se iluminaron sus ojos.

Habia visto la imágen de la Virgen.

Cayó de rodillas y permaneció mucho tiempo contemplándola.

—¡Gran ocasion para hacerme de oro!—se dijo Alonso Velez.

Guacanajari repitió sus visitas y Velez se atrevió un dia á ir solo á su morada.

Allí con las palabras indias que habia aprendido y con el gesto y con la accion le dió á entender que, si lo deseaba, le entregaria la imágen que tanto fervor le inspiraba siempre que le diese una gruesa cantidad de oro.

Pero al mismo tiempo le pidió el mayor sigilo.

Guacanajari experimentó una inmensa alegría.

Poseer aquel objeto, ser dueño de él, tenerle á su lado oculto de las miradas de todo el mundo, le parecia la más suprema felicidad de la tierra.

—Pideme todo lo que quieras,—dijo á Alonso Velez.

—Oro, mucho oro,—contestó el español.

El rey dispuso que llevaran de palacio grandes cantidades de aquel metal, y para demostrar á Alonso Velez que estaba dispuesto á satisfacer sus deseos, antes que él le cumpliera la palabra que

le habia dado, le entregó con el mayor secreto aquel metal.

Solos los dos, cavó el español un gran hoyo al pié de uno de los tamarindos de los alrededores de palacio, y enterró en él el tesoro que acababa de darle Guacanajari.

—Todos los dias,—le dijo,—vendré para ir llevándome poco á poco parte de estas riquezas.

Asi lo hizo; y á su vez, cuando le tocaba de guardia por la noche, bajaba hasta la playa y enterraba allí el oro que se iba llevando del palacio de Guacanajari.

Pero no cumplió su promesa, y el rey esperaba con ánsia tener en su poder la imágen de la Virgen.

Alonso Velez le indicaba que tenia que luchar con grandes dificultades para arrebatarla á sus compañeros, y de esta manera daba treguas á la ansiedad del soberano.

Entre tanto Colon, á bordo de la *Niña*, despues de haberla sacado á remolque para librarla de los escollos de que estaba rodeada, siguió el rumbo del Oriente hácia un alto promontorio poblado de árboles y hierbas, que parecia desde lejos una isla unida solo á la Española por una garganta de tierra.

Bautizola Colon con el nombre de Monte-Cristi, nombre que todavia conserva.

El viento dejó de serle favorable, y tuvo que permanecer cuarenta y ocho horas en una bahía al Occidente del promontorio.

Aprovechóse una buena racha, dobló el cabo, y

algunos minutos despues un marinero que estaba de guardia anunció que descubria á lo lejos á la *Pinta*.

Esta nueva inundó de alegría á todos los que iban á bordo de la *Niña*.

El buque que mandaba Martin Alonso Pinzon, empujado por un viento muy vivo, se encaminó directamente hácia la bahía de Monte Cristi, adonde Colon se habia refugiado aguardando tiempos mejores para proseguir el viaje.

Apenas oyó el almirante la noticia del marinero, subió á cubierta para convencerse de que no se engañaba.

Su exploracion le dió por resultado la seguridad de que iba á verse cara á cara con Martin Alonso Pinzon.

Como habia tenido tanto cuidado de ocultar á sus compañeros la idea que tenia de aquella desercion; como en vez de acriminarle le habia compadecido creyéndole perdido en el mar, por más que la indignacion estallase en su alma necesitaba ocultar á Pinzon los verdaderos sentimientos que le inspiraba, y limitarse á aceptar sus excusas y á mostrarse contento de su reaparicion.

El capitan de la *Pinta* por su parte, al descubrir á la *Niña*, dirigió sus miradas por el vasto Océano para ver si divisaba al navio almirante.

No descubriéndola creyó que estaria lejos, y como su hermano mandaba la *Niña*, no tuvo inconveniente en acercarse á la carabela para saber qué es lo que habia pasado á Colon.

El ilustre marino genovés adivinó este pensamiento de su falso amigo, y tuvo buen cuidado de ocultarse á su vista.

A corta distancia una de otra se hallaban ya las dos carabelas, y los tripulantes se saludaban con inmensa griteria, y anhelaban por instantes acercarse unos á otros.

Alonso Pinzon mandó echar al agua el bote y en él se trasladó á la *Niña*.

Como todos le saludaban con júbilo y consideraban como un milagro verle sano y salvo, presumió desde luego que habian atribuido más que á cálculo á un contratiempo su ausencia, y encontró ya la excusa que podria dar en aquellas circunstancias difíciles para él.

Pero no bien estuvo á bordo de la *Niña*, cuando, con gran sorpresa suya, acercándose Colon y estrechando su mano:

—Bien venido seais, amigo mio, ¡gracias á Dios que os vuelve con vida á nuestro lado!

Y no dándole tiempo para que hablara delante de los marineros, que le observaban con curiosidad:

—Venid, venid conmigo á referirme lo que os ha pasado.

Y le llevó á su camarote, quedando entrambos solos.

—No podeis imaginaros, amigo mio,—le dijo ocultando el resentimiento que tenia hácia él,—la pena que he experimentado creyéndoos victima de las tempestades, porque no ha cruzado un sólo ins-